

**“El Padre celestial disciplina a sus hijos”**  
Sal. 50:1-15; Is. 66:18-23; Hebreos 12:4-24; Lc. 13:22-30

Cap. Miranda,  
Hohenau,  
Caguarené.

Sermón sobre Hebreos 12:4-24:

1. El Padre celestial disciplina a sus hijos frente al pecado (vv. 4-11)

Dios nos trata como a hijos amados, estimados y aceptados gracias a la sangre derramada por Cristo en nuestro lugar, el Mediador del Nuevo Pacto. Y Dios nos trata y nos considera verdaderamente hijos suyos, por el trato que recibimos de su parte. El autor de la carta a los Hebreos, nos recuerda que el trato de un padre a su hijo, implica disciplina, implica amonestación, implica prevenir de los peligros que ocasiona el pecado, implica decir la verdad a su hijo sobre prácticas pecaminosas. En una palabra, la amonestación de un padre a su hijo, pasa por guiarle, por ayudarlo a tomar conciencia del pecado, de cómo prevenirlo a tiempo, y conducir al hijo al perdón que hay en Cristo cuando reconoce que ha fallado. Un padre es más que un amigo. Un padre es alguien especial que Dios puso para cuidarnos.

La disciplina y amonestación de un padre a su hijo implica, a veces, medidas drásticas, con tal de salvar a su hijo. Por increíble que parezca, la disciplina física, el castigo, la sanción, habla del cuidado y del amor de un padre por su hijo. La disciplina física pone triste al hijo, lo enoja con su padre. Pero es que a veces, el padre no tiene otra alternativa. Cuando las palabras ya no entran, sino que resbalan, cuando el hijo ya se suelta o se quiere soltar para hacer cosas malas, el padre tiene que tomar alguna acción física. Como aquella madre que, viendo a su hijo que había caído en la droga, y viendo que robaba pertenencias de la familia y de otras personas para continuar con su adicción, tomó la drástica medida de encadenar a su hijo a una silla, al menos para poder salir de la casa y pedir ayuda médica y policial. Al hijo, ciertamente esta medida le enfureció mucho, pero la pobre madre ya no sabía qué hacer por su pobre hijo.

Es cierto, en el afán de disciplinar a los hijos, los padres no siempre actuamos bien. Podemos fallar, y fallamos. Por no por eso los hijos deben dejar de respetar a sus padres. Porque hay un mandamiento que dice: “Honra a tu padre y a tu madre”. Pero nuestro Padre del cielo es perfecto, y cuando él nos disciplina, siempre podemos esperar lo mejor. No solamente porque lo hace por amor, sino que en el trato con nosotros, como sus hijos en Cristo, lo que hace siempre es correcto, es justo, y es en el momento adecuado. Por eso, no debemos enojarnos con Dios en su trato con nosotros. Él ve todos nuestros pecados, y ciertamente no se queda de brazos cruzados. Su corazón se mueve en compasión por nosotros, y por eso mediante su Ley hace que nosotros tomemos conciencia del pecado, para que nos arrepintamos a tiempo, y no nos perdamos, junto con los demás. Por eso, forma parte de su trato con nosotros, el hecho de que Dios nos disciplina por medio de su santa Ley, y por determinados hechos y circunstancias de la vida, que nos producen dolor. Pero es que Dios vela y cuida por nuestra alma y corazón, para que no se vaya tras dioses extraños, y debe proceder de esa manera, como un Padre que cuida por sus queridos hijos.

2. El Padre celestial aconseja a sus hijos sobre qué hacer frente al pecado (vv. 12-17)

Por eso, si en nuestra vida cristiana podemos reconocer ese trato de Dios con nosotros, en especial cuando cometemos pecados que sólo Dios conoce, y que sabemos que merecemos el castigo pero no hacemos nada para corregirnos, en lugar de enojarnos con Dios, deberíamos agradecerle su misericordia, y su cuidado bondadoso como nuestro Padre del cielo. No deberíamos enojarnos con Dios, sino al contrario, arrepentidos, deberíamos otra vez detestar al pecado cometido, aborrecer el pecado y sentir al menos algo de dolor por el mal que

hicimos, y del cual recién ahora cobramos conciencia. El cristiano que procede así, quiere decir que realmente está experimentando su Bautismo, en donde el pecado fue perdonado, y su culpa quitada.

La consigna es, no apartarnos del sendero cristiano, no apartarnos de la gracia que Dios nos ha mostrado y entregado en Cristo. Por eso la carta a los Hebreos nos da los siguientes consejos. Si te diste cuenta de tus pecados y los lamentas como graves y serios delante de Dios, recuerda que Dios sigue siendo tu Padre amoroso. Él te perdona por los méritos de Cristo en la cruz. Su perdón es suficiente para ti, no importa lo que el mundo o el propio diablo que te digan. Lo importante para ti, es lo que diga tu Padre del cielo. Y Él te dice: “Hijo mío, estás perdonado.” Esta es la tierna voz de su gracia y paz, el evangelio.

Y sigue diciéndote: “Ahora, escúchame hijo querido, oye mis consejos para mejorar en adelante. *Levanta tus manos caídas y tus rodillas paralizadas* (v. 12), es decir, ponte a orar con prontitud, para que la tentación no te gane en adelante. *Haz una senda derecha para tus pies* (v. 13), es decir, corrige los malos hábitos reemplazándolos en adelante por un hábito mejor, un hábito “derecho”, saludable, no uno “torcido”, que lleva a la muerte. *Sigue la paz con todos* (v. 14), esto es, trata de controlar tus emociones, busca la concordia. *Sigue la santidad* (v. 14), esto es, aliméntate de la Palabra de Dios y de los Sacramentos, que te santifican, por eso no dejes de asistir al culto público, y sigue haciendo las devociones en el hogar. No sigas el mal ejemplo de Esau, que despreció las cosas santas, y cuando se dio cuenta ya era tarde. Al contrario, pórtate como un bien hijo mío en Cristo.

### 3. Los hijos obedecen al Padre porque gracias a Jesús están en un Nuevo Pacto (v. 18-24)

Finalmente, recuerda hijo mío –dice el Señor– que te has acercado a un Padre amoroso y servicial. No soy un juez ni un tirano como algunos piensan. Yo soy tu Padre querido en Cristo. Porque fue mi Hijo Jesús quien calmó mi ira y mi enojo contra ti. Sólo Él padeció mi enojo y castigo por tus pecados. De esta manera Él se convirtió en tu Mediador, Abogado e Intercesor. Y esto es para siempre, por eso mi Hijo *Jesús es el Mediador del Nuevo Pacto* (v. 24). Su Cuerpo y su Sangre derramada por ti y por el mundo entero en la cruz del Calvario, iniciaron el Nuevo Testamento. Cuerpo y Sangre preciosos que te entrego como un don de mi parte, como sello y prenda de mi amor, mi favor y mi perdón hacia Ti. Acércate al sacramento del Altar, como si te acercases al monte calvario, al monte Sión. Ya no con miedo y temblando, como Moisés al recibir las tablas de la Ley en el monte Sinaí. Al contrario, lo que te doy y ofrezco en la Santa Cena, es bien diferente: Es el propio Cuerpo y Sangre de mi Hijo, en pan y vino, el Nuevo Pacto. El Antiguo Pacto se trataba de leyes y preceptos. Pero este es un Nuevo Pacto, porque lo que entrego aquí es bien diferente, y muy necesario: Aquí te entrego el Cuerpo y Sangre de mi propio Hijo amado, y con esto te entrego mi perdón y salvación. Acércate con alegría y gratitud a recibirlo, en sincero arrepentimiento, y con la intención de enmendarte y corregir tu vida pecaminosa con la ayuda del Espíritu Santo. Dime, hijo querido, ¿harás esto? ¿Me comprendes? Firma: Tu Padre del cielo”. Amén.